

RESEÑAS Y NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Varios Autores: *Manual de Historia de Colombia* (2 volúmenes) Edic. Colcultura Bogotá, 1978-1979.

En el transcurso de las dos últimas décadas el interés por los estudios históricos colombianos desde perspectivas, tendencias y metodologías diversas se ha acentuado notoria y provechosamente. Día a día un ya crecido número de investigadores se ha dedicado a perseguir fuentes, descubrir documentos, relacionar hechos y formular hipótesis con el ánimo de estudiar con renovada óptica los fenómenos económicos, políticos y sociales de nuestra historia nacional.

Dentro de este espíritu Colcultura, bajo la dirección del investigador Jaime Jaramillo Uribe, se ha dado a la tarea de compilar una serie de representativos trabajos elaborados por un grupo de estudiosos, quienes, con buenas y legítimas razones, han sustituido los sospechosos esquemas generales, y la pretensión de construir a-priori una historia total, por el análisis en torno a desarrollos regionales, por la identificación de las condiciones empíricas dentro de las cuales se establecen las relaciones económicas, y por la reflexión sobre coyunturas específicas que son, ellas sí, el hilo conductor que confiere sentido a las hipótesis, y que al conjugar la reflexión teórica con la realidad investigada hacen posible una apertura hacia lo universal, una aproximación a la objetividad y una búsqueda de verdades no por provisorias, menos importantes.

El "Manual de Historia de Colombia" no es, por lo demás, historia extensa; es, más bien, historia intensa; no es un texto integrado y sistemático; es la síntesis de esfuerzos aislados por describir e interpretar tópicos relevantes de la realidad colombiana; tal característica es juzgada por algunos como una deficiencia, por otros como una virtud:

deficiencia, si como afirma Braudel "hoy día la investigación no puede correr a cargo del sabio de más categoría, sino del equipo de más categoría". Deficiencia que, en todo caso, no podría imputársele a los investigadores, sino al estado y nivel en que se encuentran actualmente nuestros estudios históricos; virtud, si, —como anotábamos párrafos atrás— el privilegio que algunos autores conceden al análisis de las historias parciales contribuye al enriquecimiento de la disciplina al examinar sucesivamente ora "aquellos actos dramáticos y breves", ora los "mediocres accidentes de la vida ordinaria" que van tejiendo las amplias y complejas relaciones del acontecer histórico; y si las distintas y, en ocasiones antagónicas orientaciones políticas y filosóficas que los sustentan, permiten despojar a la investigación de certidumbres ya hechas, verdades pre establecidas o infantil dogmatismo.

Esta nueva manera de abordar el hecho histórico, retornando paciente y laboriosamente a las fuentes, procesando los datos, aproximando sectores y calibrando los efectos en sus períodos de duración, en sus relaciones espacio-temporales, constituye a nuestro entender, el mayor aporte de lo que hoy se conoce como la Nueva Historia de Colombia.

La brevedad de esta nota nos impide comentar todos los trabajos, no solo por el número —en sus dos volúmenes la obra contiene diez y siete artículos—, sino por los temas y especialmente por el tiempo allí atrapado: cuatro siglos de historia; evaluarlos, equivaldría por tanto a evaluar la Historia de Colombia. Nos referiremos por tanto, en términos globales, a aquellos que intentan desentrañar los orígenes, seguir el curso o interpretar los acontecimientos de la vida económica y política.

Los trabajos comprenden desde el período pre-hispánico hasta las postrimerías del siglo XIX; la mayoría de estos están apoyados en una amplia gama de material bibliográfico y documental, hecho que les confiere un alto grado de rigor y seriedad. Sin embargo en algunos períodos como el pre-hispánico la investigación se dificulta porque se dispone apenas de contadas investigaciones arqueológicas y se carece de datos que permitan organizar un contexto, pues aún son pocos los estudios que tratan de reconstruir los sistemas dentro de los cuales se originaron y se "usaron los objetos que están en los museos". De otro lado, el interminable y estéril "debate ideológico" sobre las escuelas antropológicas y etnológicas ha obstaculizado el desarrollo de esta empresa y ha restado a los trabajos eficacia interpretativa.

Con deficiencias, el trabajo de Reichell-Dolmatoff es meritorio en la medida en que, trascendiendo la simple enumeración de sitios, intenta describir procesos tales como las rutas migratorias internas de los primeros pobladores americanos, su adaptación ecológica, los comienzos de la vida sedentaria y la estratificación social, aspectos todos de

inneable importancia para la organización económico-política de las comunidades indígenas.

Vale la pena señalar que el autor arriesga algunas polémicas hipótesis, entre las cuales cabe destacar la conjetura de que "fueron los territorios de Colombia y Ecuador los que crearon los impulsos que constituyeron las bases de las grandes civilizaciones americanas" (Pág. 95).

Siguiendo el orden cronológico nos encontramos con el trabajo de Juan Friede quien, en tono narrativo, expone a grandes rasgos los factores que incitaron a España a emprender la aventura de la conquista, el impacto que la cultura española produjo sobre el indígena, la experiencia de la Metrópoli con la gobernación de Santa Marta, la conquista de la meseta chibcha y los conflictos que surgieron entre los conquistadores.

Tanto el artículo de Friede, como el de Reichel-Dolmatoff, eminentemente descriptivos, dibujan los contornos, y reconstruyen un pasado que hay que repensar para comprender el presente.

En la medida en que el material fáctico se hace más prolífico, y los nuevos métodos hacen su aparición en las investigaciones, el acercamiento y la interpretación de la realidad se revelan en mejor forma: es lo que sucede en los períodos colonial y subsiguientes.

Así, los trabajos de Germán Colmenares inauguran una nueva etapa en la historiografía colombiana: ante la ausencia de estudios concretos sobre la formación económico-social colombiana en lo que atañe a las formas locales de producción, el autor ha centrado su interés sobre las economías regionales, replanteando, por una parte, los términos que, con simplificación excesiva y generalidades vacías, han remplazado el análisis de una realidad viva por "el cascarón vacío de una categoría sacrosanta", y ahondando, por otra, en la manera como las economías locales con sus peculiares rasgos y grados de desarrollo, se "articulan" con una economía mundial.

La novedad de este viraje metodológico radica en que a partir del análisis de la estructura interna y el funcionamiento de ciclos como el minero, el agrario, etc., se hace posible precisar el nivel de desarrollo de los mercados locales, determinar el tipo de conexiones entre los mismos, establecer los mecanismos de subordinación de unas economías a otras y finalmente establecer con alguna precisión, los nexos de dependencia económica del país con su metrópoli.

Conviene así mismo señalar que el uso de la periodización en el contexto colonial ofrece al autor la ventaja de transitar eficaz y simultáneamente por dos planos que entrelazan sus propias determinaciones temporales: el de las condiciones internas —económicas y

sociales— de su desenvolvimiento y el de sus vinculaciones externas y dependientes de la historia universal. Así, la actividad minera que Colmenares tipifica como primero y segundo ciclos del oro, le permite identificar las características productivas internas de cada uno, la ingerencia y los efectos sobre otras actividades productivas tales como la agricultura, y a su vez demostrar cómo — en una especie de retroalimentación— la esclavitud, por lo menos a mediados del siglo XVIII, no sólo sustentaba la producción minera, sino que se convirtió en el soporte de un “sistema de haciendas creadas para abastecer los centros mineros”.

Otros tópicos que Colmenares intenta explicar con esta cronología son el de la formación y desintegración de las unidades agrícolas, el auge y la decadencia del sistema de encomiendas, la ventaja que —en términos de racionalidad del trabajo— presentaba la combinación de explotaciones mineras con unidades productivas agrícolas, y el espinoso problema de las castas.

El ensayo “Estado, Administración y vida política en la Sociedad Colonial”, fue escrito conjuntamente por Jaime Jaramillo Uribe y Germán Colmenares. En su primera parte, Jaramillo esboza las etapas de la administración colonial, los principios generales que configuraron su organización: centralismo, intervencionismo, casuismo, concentración de poderes, etc; las reformas borbónicas para el Nuevo Reino, sus deficiencias y los nuevos planes, que con tendencia modernizadora propusieron Carlos III y Carlos IV para retener las colonias del Nuevo Reino de Granada; en la segunda parte, Colmenares examina algunos fenómenos políticos, distorsionados, como anota el autor, por una “visión impresionista” propia de la propaganda republicana: v. g. la difundida creencia en la discriminación de los criollos para los puestos de responsabilidad, o la imagen despótica de los funcionarios de la Audiencia insensibles a las peticiones de sus súbditos.

Más adelante, estudia los niveles que, a su juicio, componen el fenómeno político colonial: las políticas generales de la metrópoli, operantes a través del Consejo de Indias, los organismos inferiores del gobierno en el Nuevo Reino, (Virreyes, Oidores, etc.) y los funcionarios menores —fiscales, y escribanos— “todos los cuales se nutrían en el mismo contexto ideológico que las instancias más altas” de las cuales se derivaban. El autor, por último, transcribe un curioso texto de la época, no exento de connotaciones picarescas, con el cual ilustra los conflictos no institucionales que intervenían en la vida política colonial y el peso específico de los mismos frente a la acción de las normas reguladoras de la conducta de los funcionarios, las que, en definitiva, nada, o casi nada tenían que hacer ante el peso de privilegios consuetudinarios.

El trabajo de Jorge Palacios, a diferencia de otros que versan sobre el tema de la esclavitud, pone el acento sobre la función del negro en la sociedad colonial, sobre el papel esencial que, desde el siglo XVI jugó en la economía neogranadina y que se intensificó en la medida en que la población aborigen descendía y se ampliaban las fronteras de explotación; analiza, de otro lado, con mucho detalle, la procedencia de los esclavos, y su distribución en las diferentes regiones del país porque a su juicio, de la exactitud de estos datos, depende, en buena parte, la posibilidad de analizar las transacciones comerciales de carácter más general y de comprender la formación de los grandes capitales de intermediarios y comerciantes, la integración o rechazo del negro al nuevo contexto y la participación de los mismos en los procesos políticos.

En su investigación sobre "Las Rentas del Estado" la autora, Margarita González, ofrece una visión general de la estructura fiscal comprendida entre 1750 y 1850: describe y contrasta las dos clases de contribuciones que conformaron el sistema tributario y la función desempeñada por cada una de ellas en la configuración del patrimonio estatal directamente controlado por la metrópoli. Las contribuciones directas dirigidas al individuo, implicaban una relación de vasallaje, siendo, por esto, el tributo indígena, no solo la fuente de ingresos fiscales, sino el elemento que proporcionaba al Estado las condiciones adecuadas para su dominio político y social.

Las contribuciones indirectas se orientaban a las diversas actividades económicas de producción y de comercio y se dividían en dos grupos: aquellas que gravaban el comercio interoceánico y aquellas que gravaban el comercio local con el propósito de fomentar por parte del Estado Español "las producciones y el comercio de los productos que consideraba de interés para sus fines y de restringir o prohibir el surgimiento de producciones y de intercambios comerciales que consideraba desventajosos". En otras palabras, España no estaba dispuesta a consentir el surgimiento de una industria manufacturera que competiera con sus productos y obstaculizara con ello, su dominio sobre el mercado colonial.

En su parte final, el artículo enumera los procedimientos fiscales que se aplicaron en el lapso comprendido entre 1820 y 1850; no fueron estos esencialmente diferentes a los anteriores, debido a la pervivencia de las formas sociales que habían determinado las relaciones en la época colonial y que obligaron al Estado a mantener el estilo paternalista propio del Estado colonial: solamente las reformas de 1845, en la primera administración de Mosquera comienza a golpear la estructura colonial con el fin de estimular la producción manufacturera interna, dando paso a la iniciativa privada y al libre cambio.

Las investigaciones de Salomón Kalmanovitz y Orlando Melo completan el cuadro económico del siglo XIX: Kalmanovitz con un juicioso análisis regional de la estructura agraria y Melo con el estudio de los rasgos fundamentales del crecimiento económico en el transcurso del mismo siglo.

Ambos autores procuran esclarecer los vínculos que se dan entre los diferentes sectores de la economía, con la intención de precisar los cambios que se dieron en relación con la colonia, el tipo de relaciones económico-sociales que predominaron en este siglo, las formas que asumió el Estado, su influencia en la producción. Así, mientras el primero centra su atención en la consolidación del sistema de Haciendas como factor que explica la monopolización de las tierras y el sometimiento de un sector de la población a condiciones serviles entorpeciendo la formación de relaciones capitalistas a mediados de siglo, el segundo relivea el papel del comercio exterior como principal motor de cambio durante este período, dado que la rigidez del sector rural y la inexistencia de mercados internos desarrollados, le dieron un mayor peso al sector externo.

Finalmente, los autores van mostrando el desarrollo paulatino de la industria y los efectos que éste tuvo sobre la estructura de la sociedad colombiana y las tensiones que se produjeron entre los sectores libre-cambistas y protecciónistas, hasta concluir en 1900 con la más profunda crisis de las instituciones de la República.

Hemos de anotar como conclusión a la reseña de los ensayos que versan sobre los problemas económicos que ninguno de los que tratan el fenómeno colonial le confiere importancia a productos tales como la quina y el añil, productos que sin duda alguna tuvieron mucho y muy importantes efectos sobre los mercados locales.

En materia política el Manual refleja uno de los grandes problemas que enfrenta nuestra historiografía: la ausencia de una reflexión sistemática sobre la evolución de las estructuras de poder en la sociedad colombiana.

A lo largo de la obra encontramos solamente tres ensayos que se ocupan de investigar el Estado y la génesis y formación de los partidos políticos en el país.

El primero de ellos, "El proceso político militar y social de la Independencia", escrito por Javier Ocampo, aborda el fenómeno de la Independencia, analizando tres coyunturas específicas: el movimiento comunero de 1781, la revolución política de 1810 y la cristalización revolucionaria con la creación de la Gran Colombia, (1781-1830), cada una de las cuales está determinada a su vez, por acontecimientos relevantes tales como el choque del sector productivo y comercial con la nueva estructura fiscal española, el vacío de poder generado por la

invasión napoleónica al territorio español y el propósito de aunar fuerzas contra el opresor.

Es también digna de mencionarse, la preocupación que manifiesta el autor por estudiar los vínculos que ligaron nuestro proceso de independencia a la historia mundial, y particularmente a la Revolución Francesa, hoy, cuando algunos investigadores tienden a minimizar esta influencia, resaltando o absolutizando la independencia norteamericana como el factor primordial de tal evento.

En "El Estado y la Política del Siglo XIX", Alvaro Tirado ofrece una esquemática descripción de las funciones del Estado en el pasado siglo, de la génesis de los partidos políticos y de las causas que originaron las guerras civiles, descripción que se completa con "Estado, Iglesia y desamortización" de Fernando Díaz, quien de manera sumaria describe los nexos Iglesia-Estado y la ambivalente actitud de los ideólogos republicanos frente al problema religioso, al adoptar, por una parte, preceptos del racionalismo filosófico que les permitieran liberarse de las influencias cléricales, y por otra al conceder, ante el influjo del clero que había participado en la emancipación, toda clase de prerrogativas y prebendas a la Iglesia buscando siempre la conciliación de los poderes hasta conseguirla con la firma del Concordato y la entrega de la educación a la Iglesia durante el gobierno de Rafael Núñez.

A pesar de la índole provisional y el carácter esquemático de los análisis de tipo político, tienen el mérito de ser una de las primeras tentativas que procuran rastrear el itinerario de las formas de poder en el siglo pasado, plantear la originalidad y la estabilidad de las instituciones políticas colombianas y ahondar en el análisis de las guerras civiles, profundamente vinculadas a los partidos políticos, y al caudillismo militar.

No podíamos dejar de hacer una breve alusión a los trabajos que sobre arquitectura, artes plásticas y literatura se incluyen en los dos volúmenes, con especialistas tan utorizados como Eugenio Barney Cabrera, Eduardo Camacho y otros, quienes parten de la premisa de que las manifestaciones artísticas aún cuando posean un carácter único e irreductible, son fundamentalmente productos sociales, y que como tal expresan los conflictos, las debilidades y las esperanzas de una época permitiéndonos un descubrimiento de los valores que la conforman y una comprensión más eficaz de las relaciones sociales que la sustenta.

Vale la pena anotar finalmente, que no obstante las insuficiencias que algunos trabajos presentan por razones tales como carencia de estudios especializados en otras disciplinas como, antropología y etnología para el período prehispánico, escasa y poco confiable información estadística para el siglo XIX, y rechazo por parte de algunos historiadores a los métodos cuantitativos, es innegable el considerable

progreso que significan, especialmente en lo relativo a estudios regionales sobre el país.

Sin duda es todavía muy grande la incomprendión que pesa entre las diversas disciplinas históricas. Son necesarios aún muchos esfuerzos en la misma línea abierta e integradora de estos volúmenes, si se quiere llegar a la ambicionada "historia total". El "Manual de Historia de Colombia" es un esfuerzo; y lo es, en la medida en que trata de reunir al mismo tiempo la síntesis erudita que acumula materiales y reúne hechos y la síntesis científica que los unifica y les dá carácter explicativo. Sin aceptar literalmente o exagerarla, parece que la famosa frase de Fustel de Coulanges cobra hoy más vigencia: "Para un día de síntesis, se necesitan años de análisis".

FERNANDO D'JANNON